

congreso general en cuyo beneficio queríamos terminar algún día la guerra de España, si es que llegaba esta á tener lugar, á fin de pacificar el mundo por la creación de nuevas monarquías constitucionales y borbónicas en América.

XVIII.

Negocios de Oriente, de Italia y de Grecia.—Instrucciones de M. de Villele.—Súplica de la regencia de Urgel.

Los negocios de Oriente, de Italia y hasta de la misma Grecia fueron honrosamente tratados, y alcanzamos cuanto nos fue posible alcanzar en cosas que no nos incumbían directamente. Nuestra conocida oposición, aunque no éramos admitidos á las conferencias particulares, impidió al Austria invadir demasiado la Italia, y en esta tarea fuimos ayudados por el cardenal Spina, hombre de talento é independencia, que presidía la legación romana. Aprobamos también la moderación de la Rusia en sus diferencias con Turquía.

Por lo demás las instrucciones de M. de Villele, acerca de estos diversos puntos eran previsoras. En ellas se decía: «El rey de Cerdeña reclamará la evacuación del Piamonte, y Francia debe apoyar esa petición. Es probable que el gabinete de Viena consienta, con tal de que se le deje conservar una guarnición austriaca en Alejandria; pero esta ocupación ofrece dos grandes inconvenientes: el de ser gravosa á los intereses del Piamonte, y el de privar al rey de Cerdeña de toda la ventaja moral que puede y debe esperar de una evacuación completa... Otras dificultades surgirán acerca del regreso del príncipe de Carignan. Sin creer todas las miras de ambición que se pueden suponer en la corte de Viena, es lícito pensar que desearía que el príncipe de Carignan permanezca alejado, porque la especie de vaguedad é indecisión, á que su existencia dará lugar, comunicarian al Austria, sin destruir positivamente la legitimidad de la sucesión, un alto grado de influencia en el Piamonte, y podrían en lo sucesivo darle oportunidad para imponer al príncipe de Carignan condiciones bastante duras, á que la Francia debe oponerse por su propio interés.

»Igual moderación se observó en las instrucciones relativas al reino de las Dos Sicilias. Por lo tocante á Grecia, M. de Villele no avanzó tanto como nosotros; pero con motivo de la Puerta y de la Rusia dijo incidentalmente: «No puede menos de convenirse en que con razón ó sin ella la opinión general de Europa se ha afectado penosamente de que los cristianos griegos hayan vuelto pura y simplemente á ser puestos bajo el yugo de la opresión y la barbarie de los turcos. Los plenipotenciarios del rey en el congreso, deberán por consiguiente apoyar con toda su fuerza y ofrecer secundar con todos los medios que la Francia pueda disponer, las proposiciones que hará Rusia en interés de las consideraciones debidas á su honor y de las garantías que la cristiandad reunida podrá obtener á favor de los cristianos sometidos á la dominación de los turcos.»

En tanto llegaron á Verona dos diputados de la regencia de Urgel que habían dirigido al congreso una súplica firmada por el *marqués de Mata-Florida* y por el *arzobispo preconizado de Tarragona*. En este documento el arzobispo y el marqués manifestaban, «que habían fijado su atención en las leyes y antiguas corts de España; que habían visto que el mayor número de esas leyes fueron propuestas á los reyes por corts libres, reunidas principalmente en tiempo de la dominación de la augusta casa de Austria; que no dudaban los firmantes de que el tiempo exige reformas que intentarían hacer, atendiendo al deseo de la nación, y ocupándose entre otras cosas,

de arreglar las contribuciones y las cargas que deben pesar sobre el pueblo, sin cuyo concurso nada se puede imponer ni exigir.»

Así se expresó aquella regencia que respiraba el absolutismo. En tanto que hacia profesión de sentimientos tan parecidos á los de su siglo, y que venía á suplicar á los reyes procuráran la libertad de un rey cautivo, Mina avanzaba á dar al traste con ella.

Pero nosotros íbamos á encargarnos de esa causa de la España. La nación que representábamos en el congreso retiene todo aquello de que una vez se ha apoderado con firme voluntad: solo Dios puede hacerle abrir la mano para soltarlo.

XIX.

Guerra de España prevista en tiempo de nuestra embajada en Londres.—Nuestro horror á los tratados de Viena.

Hemos llegado por último á ese asunto de la guerra de España, acerca de la cual la opinión ha incurrido en tan singulares errores. Hacia ya largo tiempo que esa guerra estaba prevista, antes de la reunión del congreso de Verona. No se indica aquí el cordon sanitario establecido por de pronto contra la fiebre amarilla y convertido luego con la mayor naturalidad en ejército de observación; no aludimos sino á las ideas revolucionarias que estallando en el lado de acá de los Pirineos, amenazaban reanimar en Francia los excesos reprimidos por Bonaparte; pero favorecidos por las nuevas instituciones y dispuestos á renacer en la libertad de la Carta otorgada por los Borbones.

Desde nuestra embajada en Londres habíamos tenido ocasión de hablar á M. de Montmorency acerca de la posibilidad de esa guerra, aconsejándole un plan semejante poco mas ó menos al que se nos va á ver desarrollar á M. de Villele. Dos sentimientos habían incesantemente ocupado nuestro ánimo desde la restauración: el horror de los tratados de Viena y el deseo de dar á los Borbones un ejército capaz de defender el trono y emancipar la Francia. El verdadero campo de batalla, donde aventurándose esta nación á grandes peligros podía restablecer muy honoríficamente á un mismo tiempo su poder político y su fuerza militar, parecía naturalmente ser la España desde el punto en que proclamó nuevos principios políticos, separándose, por decirlo así, del sistema establecido por Luis XIV.

Esas eran las intenciones que nos animaban al ser llamados para asistir al congreso. El presidente del consejo, cuya vista estaba embarazada hasta por sus propias cualidades, no echaba de ver que la legitimidad se iba muriendo despues de los triunfos de Napoleón por falta de victorias, y sobre todo despues de una transacción diplomática que la había deshonrado. La idea de libertad en la cabeza de los franceses, que nunca la comprenderan en su verdadero sentido, jamás compensará la idea de gloria, que es su natural idea. ¿Por qué desmereció tanto el siglo de Luis XV en el concepto de los contemporáneos? ¿Por qué dió margen á esos sistemas de exagerada filosofía que perdieron á la monarquía? Porque, salvo en la batalla de Fontenoy y en algunos rasgos de valor en Quebec, la Francia se vió siempre humillada durante aquel período. Pues si las cobardías de Luis XV y la división de la Polonia vinieron á caer sobre la cabeza de Luis XVI; ¿qué no podría temerse que sucediera á un Luis XVIII, ó á un Carlos X despues de la humillación de los tratados de Viena?

Este pensamiento nos abrumó como un pesado sueño durante los ocho primeros años de la restauración, y solo nos sentimos algo aliviados despues del buen éxito de la guerra de España.

En las instrucciones de M. de Villele, relativas á esta guerra, venía impreso el sello de su carácter,

estaban redactadas con destreza y finura, y lo que singularmente campeaba en ellas era que desde el preámbulo quedaba destruida la opinión que algunos se habían equivocado formando acerca del papel que íbamos á representar en Verona. Lejos de haber el congreso exigido de la Francia que interviniera directamente en los asuntos de España, las instrucciones demuestran que á aquella nación es á quien se le debe la iniciativa. Esto se comprenderá con mas evidencia cuando se vean las tres proposiciones del Sr. Vizconde de Montmorency, proposiciones depositadas con otros papeles sobre la mesa de la cámara baja en Inglaterra en la legislatura del 1823. Principios por la instrucción de Villele.

XX.

Instrucciones de M. Villele.

«La situación de España ha llamado la atención de los soberanos y será sin duda para la Francia la mas delicada de cuantas se tratarán en el congreso.

»Los plenipotenciarios de S. M. deben ante todo evitar de presentarse en el congreso como informantes de los asuntos de España. Las demás potencias pueden conocerlos lo mismo que nosotros, pues han conservado sus representantes y agentes consulares en aquel país. Semejante papel podía convenir al Austria en el congreso de Leybach, porque deseaba invadir á Nápoles y le convenía hacerlo con el apoyo de las demás naciones. Expuso sus motivos á fin de obtener ese apoyo, sin el cual, por otra parte, aseguraba que sabría pasarse, si se lo rehusaban, pues su seguridad exigía imperiosamente la ocupación del reino de Nápoles. Nosotros no estamos decididos á declarar guerra á la España; las corts antes se llevarian Fernando á Cádiz que dejarlo ir á Verona. La situación de la Francia no nos pone en la necesidad ni de pedir, como el Austria en Laybach, apoyo para invadir la península, pues no nos vemos en la precisa necesidad de hacerle la guerra, ni socorros para hacerla, pues aunque España nos la declarara, no los necesitamos, ni los admitiríamos á trueque de no dar paso por nuestro territorio á tropas extranjeras.

»La opinión de nuestros plenipotenciarios acerca de la cuestión de saber lo que conviene al congreso hacer por lo relativo á España, se concretará á establecer, que siendo Francia la única potencia que debe obrar por medio de sus tropas, á ella competirá únicamente la apreciación de esa necesidad.

»Por último, los representantes franceses no deben consentir que el congreso prescriba á la Francia la conducta que haya de seguir por lo tocante á España. No deben tampoco admitir securos comprados á costa de sacrificios pecuniarios ni del paso de tropas extranjeras por nuestro territorio: se limitaran á presentar la cuestión de España en sus relaciones generales y á conseguir del congreso un tratado eventual, honroso y útil á la Francia, sea en el caso de guerra con España, sea en el de reconocimiento de la independencia de América por parte de esas potencias.»

Lo que el empleado del ministerio de Negocios Extranjeros, redactor de esa nota sigue diciendo acerca de las dificultades de la guerra de España, y de la imposibilidad de mantener en ella un ejército, fueron asertos desmentidos por la invasión de 1823. Por lo demás en la nota se echan de ver la aversión muy natural del presidente del consejo á las hostilidades; su temor de que los aliados propongan que Francia intervenga directamente en la cuestión, y las razones con que se preparará para oponerse á las exigencias de estos. También se ve su preocupacion mercantil por lo tocante á América, cuya independencia reconocieron las potencias, lo cual en nuestro concepto no era mas que una cuestión secundaria: por parte de la monarquía restaurada no podía tratarse sino de

ser ó no ser. Salvo esos puntos las instrucciones eran correctas y enteramente francesas.

Alentado por ellas, y tal vez trasapando algo su espíritu M. de Montmorency presentó al congreso sus famosas comunicaciones.

XXI.

Comunicaciones verbales del vizconde de Montmorency.

«Compendio de las comunicaciones verbales hechas por el vizconde de Montmorency en la reunion confidencial de los ministros de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia en Verona, 20 de octubre de 1822.

»El estado de irritación en que se encuentra el gobierno que rige actualmente la España, y las numerosas provocaciones que dirige á la Francia, dan todo lugar de creer que la paz no se conservará todo el tiempo que sería de desear. El gobierno del rey ha hecho ya sacrificios por el sincero deseo de evitar un rompimiento que le impondría la dolorosa obligación de volver á encender la tea de la guerra y turbar la tranquilidad comprada á tan alto precio por todos los Estados de Europa. Continuará empleando todo su cuidado en precaverse de tal desgracia, pues sabe que sobre ese punto tiene muy nobles ejemplos que imitar. Mas si ha podido hasta el presente acallar el sentimiento de su dignidad, si ha sufrido con paciencia ataques hechos mas bien para inspirarle un sentimiento de dolor y de compasión que para irritarla, no puede sin embargo hacerse ilusiones acerca del peligro inherente á semejante orden de cosas. Un foco revolucionario establecido tan cerca de Francia puede lanzar sobre esta nación y sobre las demás de Europa funestas chispas que amenacen una conflagración general.

»Por otra parte, el gobierno español puede bruscamente determinarse á una agresión, en la cual creará encontrar medios de prolongar su existencia, presentándola á la opinión como un generoso esfuerzo de la libertad contra la tiranía. La Francia debe por consiguiente prever como posible, ó tal vez como probable, una guerra con la península. Con arreglo á la naturaleza de las cosas, y segun los sentimientos de moderación que desea sirvan de norma á su conducta, no puede considerarla mas que como una guerra defensiva. No acertaría á fijar la época; pero se halla decidida á sostenerla. Llena de confianza en la justicia de la causa que tendrá que defender, honrándose de tener que preservar la Europa de la calamidad de la revolución, Francia se apoyará resueltamente en la fuerza de sus armas y en la lealtad de sus tropas, que sentadas vana y frecuentemente han sabido manifestar ante la seducción un valor tal vez mas difícil que el de los combates.

»Mas desde aquí al momento en que la guerra sería inevitable la Francia, por un incidente de esos que son comunes á todos los gabinetes, puede decidirse á adoptar un término medio entre la paz y las hostilidades, rompiendo toda relacion diplomática con la corte de Madrid. En efecto, tales circunstancias podrían presentarse, tales pasos podrían ser dados por el gobierno ó por las corts, que el representante diplomático de Francia se vería necesariamente en el caso de pedir sus pasaportes, y de retirarse formalmente. Dado este caso, que es preciso prever por mas que se procure evitarlo; no opinaran las altas potencias que sería dar una prueba útil de la uniformidad de los principios y miras de la Alianza el tomar semejante medida y retirar sus respectivos representantes diplomáticos de Madrid? Puede creerse (y este pensamiento ha llamado desde 1820 la atención de una de las potencias) que si España viese cesar á un mismo tiempo las relaciones que la unen todavía con los reyes y gobiernos de Europa; si se encontrara como aislada por la retirada de la mayor parte del cuerpo

diplomático, y por la interrupción de las comunicaciones de que ese cuerpo es órgano habitual, se sentiría impelida á reflexionar con mas madurez sobre su situación y á utilizar los elementos monárquicos que encierra en su seno, y que de tres meses á esta parte van tomando notable desarrollo, para apagar el fuego revolucionario por el cual se apartan de ella los pueblos y los gobiernos.

»Esta medida que produciría tanto mas efecto cuanto mas uniformemente fuese puesta en juego por las altas potencias, podría, es cierto, causar graves consecuencias. Probablemente irritaría á los que hoy gobiernan la España, é inducirlos á que declararían inmediatamente guerra á la Francia; mas sobre ellos caería la responsabilidad, y esta última nación se encontraría en el terreno en que desea mantenerse hasta el postrer momento: estaría pronta á defenderse y no tendría que atacar.

»Al prever el caso de guerra con España y sometiendo á los intereses comunes de la grande Alianza todas las consideraciones anejas á esa importante cuestión, repetimos que la Francia ha debido creer que contaba con el apoyo moral de sus aliados, y que hasta le sería imposible, si las circunstancias lo exigían, reclamar de ellos un socorro material. Siéntese esa nación penetrada ante todo de la idea de que en las presentes circunstancias el concurso de las altas potencias es necesario, como llamado á conservar esa unanimidad de miras que es el carácter fundamental de la Alianza, y que importa mucho á la Europa mantener y ostentar, para asegurar la tranquilidad de Europa.

»Sobre la forma de ese concurso moral, y sobre las medidas propias á asegurarle el socorro material que puede ser reclamado en lo sucesivo, es sobre lo que cree la Francia fijar definitivamente en caso necesario, la atención de sus augustos aliados.

»Reasumiendo por consiguiente las ideas que acaba de exponer, y que han deseado conocer, somete á su alta prudencia las tres cuestiones siguientes:

1.^a En el caso de que Francia se vea obligada á retirar de Madrid á su representante y á romper toda relación diplomática con la península, ¿estaran dispuestas las altas potencias á adoptar por su parte la misma medida y á retirar sus respectivas legaciones?

2.^a Si debe por último, romperse la guerra entre Francia y España ¿en qué forma y por medio de qué actos daran las altas potencias á la Francia el apoyo moral que comunique á su acción toda la fuerza de la Alianza, é inspire un saludable terror á los revolucionarios de todos los países?

3.^a ¿Cuál es, en fin, la intención de las altas potencias por lo tocante al fondo y á la forma del socorro material que estarían dispuestas á dar á la Francia en el caso de que por petición de las mismas, llegue á ser necesaria la intervención activa? admitiendo la restricción de que la Francia declara, como no podrán menos de conocer las mencionadas potencias, que aquella intervención es absolutamente exigida por la disposición general de los ánimos.»

XXII.

Exámen de los tres casos de guerra expuestos por el vizconde de Montmorency.—Francia no fue impelida á la guerra por el congreso; Prusia, y particularmente el Austria, se oponían á que se hiciera.—Reflexiones sobre las notas del ministro de Negocios extranjeros.—Noble conducta de este ministro.—M. Gentz.

En la sesión del 27 de noviembre, los plenipotenciarios examinaron para decidirse á tomar una determinación, los tres casos de guerra expuestos por el vizconde de Montmorency, y que podían seguir á las cuestiones eventuales de la declaración del 20 de octubre. Esos tres casos de guerra eran:

1.^o El de un ataque á mano armada por parte de España contra el territorio francés, ó de un acto oficial del gobierno español, provocando directamente á la rebelión á los súbditos de una ú otra de las dos potencias.

2.^o El destronamiento pronunciado contra S. M. el rey de España, de un proceso intentado contra su augusta persona, ó de un atentado de la misma naturaleza contra los miembros de su familia.

3.^o El caso de un acto formal del gobierno, atentando contra los derechos de sucesión de la familia real.

Con claridad aparece por consiguiente que Francia por medio de M. Montmorency, declaró que sin duda se vería obligada á hacer la guerra, en cuyo caso preguntó á sus aliados qué es lo que harían. No solamente no se vió esa nación impelida por el Congreso á hacer la guerra, sino que en cierto modo tuvo que combatir la oposición de Prusia, y particularmente del Austria. Solo la Rusia aprobaba la guerra, y ofrecía su apoyo moral y material.

Era muy natural que Francia, antes de lanzarse en aquella peligrosa empresa, quisiera conocer lo que dejaba en pos de sí y las disposiciones de sus aliados. Debía sobre todo prever que la Inglaterra podría intervenir en favor de los españoles. El único medio de contrarrestar ese golpe, era presentarle un grupo de potencias unidas, y contenerla haciéndole ver que una guerra con Francia, sería para el gabinete de San James una guerra posible con el continente, y una guerra segura con la Rusia. Esta precaución no me era de mucho valor; pues en mi concepto una guerra de Francia con la Gran Bretaña, sería de éxito fácil si fuese dirigida con arreglo á un plan nuevo, y sino se alarmara la primera por algunos sacrificios necesarios; mas en el caso en que entonces nos hallábamos, era siempre obrar con prudencia el impedir ese rompimiento, conteniendo á M. Canning por la posibilidad de una conflagración general.

Esta razón hace que las notas de M. de Montmorency sean inatacables. Sin embargo, si nos hubiera dispensado el honor de consultarnos, y no las hubiese redactado en el secreto de su gabinete con M. Bourjot, habrían sido confeccionadas de otra manera, y no habrían preguntado categóricamente á la Europa lo que pensaba acerca de Francia, y de las dificultades en que podríamos hallarnos comprometidos. En aquel caso se habrían contentado con decir: «¿Si nos vemos obligados á la guerra, é interviniendo la Gran Bretaña, abrazareis nuestra alianza?» Tampoco se habría hablado de la posibilidad de un socorro material, pues todos los cosacos de la tierra no habrían salvado á la Francia, si las armas de esta hubiesen sufrido un contratiempo en los campos de la península.

Llenos de veneración por las virtudes del señor vizconde de Montmorency, tenemos que confesar que no tuvimos la fortuna de agradecerle. Nadie mas que él había amado, ni amaba las libertades públicas; pero los crímenes de 1793 le hacían estar en guardia contra sus primeras opiniones, y le sugerían dudas acerca de los principios que en otro tiempo había tenido. Hay además de esto ciertas simpatías y antipatías de humor y de carácter; M. de Montmorency no nos honró con su confianza; nos vió con disgusto pasar al otro lado de los montes, pues en París se había opuesto á nuestra misión, que no la debimos sino á M. de Villele que se hallaba contento de tener un amigo en Verona. Tampoco gozamos de verdadero crédito en el congreso, hasta que M. de Montmorency se marchó. Sin embargo, las superiores cualidades de su alma (debemos hacerle esta justicia), se sobrepusieron á la poca inclinación que tenía hácia nuestra persona: antes de partir destruyó de una manera magnánima las prevenciones que habían inspirado á Alejandro contra

nosotros, y fue causa primordial del favor que alcanzamos cerca de este príncipe. Pero de todas maneras, si se exceptúa la *trata de negros* y las *colonias españolas*, no se consultó nuestra opinión en ningun otro asunto: todo se resolvió entre los jefes de los gabinetes, como lo indica suficientemente el título de *comunicaciones verbales*. No tuvimos mas relaciones que con el señor Gentz, á quien hemos visto morir dulcemente al sonido de una voz que le hizo olvidar la del tiempo.

XXXIII.

El emperador de Rusia.—El duque de Wellington.—El príncipe de Metternich.—El conde de Benstorff.—El conde Pozzo.—Contestaciones de Prusia, de Austria y de Rusia á las notas verbales del conde de Montmorency.—Apoyo que la nota de Rusia dió á la Francia contra Inglaterra.

El emperador de Rusia tenía el alma fuerte y el carácter débil: por efecto de esa movilidad se había hecho realista tan ardiente, como antes había sido liberal exaltado; pero siempre conservó su amistad á la Francia.

El duque de Wellington tenía contra sí la legitimidad, el cargo de haber dado Fouché á la corona, y contra la nación, el crimen de haber ganado la batalla de Waterloo. Todos los grandes capitanes, exceptuando cinco ó seis notabilidades, todos han sido unos pobres hombres; no hay celebridad mas brillante que la de las armas, ni tampoco la hay que valga menos en gloria. En vano se halagaba al sucesor de Marborough para hacerle salir de la política de su país; era tiempo perdido.

El príncipe de Metternich, aparentando ser ruso y detestando la Rusia, hablaba de la guerra sin quererla: el éxito que las armas francesas podrían conseguir en la península le inspiraba temores, y tambien temía que sufrieran un contratiempo por el impulso que en tal caso se daría al espíritu revolucionario.

El conde de Bernstorff era ministro de Negocios Extranjeros en Berlín, cuando desempeñábamos el cargo de plenipotenciario de Francia, cerca de esa corte. Su mujer, alta y hermosa, hacia pensar en cierta embajadora de Dinamarca, cerca de Ana de Austria, que habiendo cogido la mano de la reina, dice madama de Motteville, y habiéndole quitado el guante, la besó y alabó con tanta gracia y familiaridad, que parecia hermana suya, ó por lo menos conocida de toda su vida. Esa franqueza agradó á la reina, y en todo el día no se habló mas que de la dama danesa, de su dulce gravedad, y de las señales que había dado de tener mucho talento. El conde de Bernstorff, que en vez de una señora por ese estilo no había traído á Verona mas que la gota, veía que Francia iba á recobrar su energía militar, sin olvidarse que esa Francia era fronteriza de la Prusia.

El conde Pozzo, diestro en tomar las ideas de su señor, había desplegado todas sus redes en favor de los *ultra*. Cruzábanse mil mezquinas animosidades, envidias y calumnias: se detestaban al paso que hacían profesión de amarse: desgarraban á puerta cerrada al vecino, cuyas alabanzas habían publicado al subir la escalera: antiguo afán del mundo.

En medio de tales disposiciones era fácil prejulgar la contestación de los tres grandes gabinetes á las comunicaciones del señor vizconde de Montmorency.

Prusia declaró que (si la conducta del gobierno español, respecto de Francia ó de su representante en Madrid, era de tal naturaleza que obligase á esta última á romper sus relaciones diplomáticas con aquella, S. M. no dudaría de hacer lo mismo.

»Que si á pesar de los miramientos que el gobierno francés se comprometía á tener para evitar la guerra con la península, tuviera la guerra que declararse,

S. M. se hallaría dispuesto á unirse á los monarcas sus aliados, á fin de dar á la Francia todo el apoyo moral que pudiera servir á afianzar su posición.

»Que si los sucesos ó las consecuencias de la guerra hacían sentir á la Francia necesidad de un socorro mas activo, el rey se avendría á darlo, *en tanto que las necesidades de la posición de S. M. y las exigencias de su reino se lo permitieran.*»

Austria se expresó en los mismos términos, añadiendo por lo tocante al socorro material, que si alguna vez llegaba á ser necesario, *debería someterse á una nueva deliberación comun de todos los gabinetes aliados para convenir en su extensión, calidad y dirección*. Esta idea restrictiva, bien propia del gabinete de Viena, envidioso de la Rusia y amigo de Inglaterra, era equivalente á una decorosa negativa: apoyo moral cuanto se quiera; pero ni un solo soldado, si no se le paga con anticipación y sin ninguna especie de responsabilidad.

La Rusia mas leal y mas decidida, recibió ardorosamente las comunicaciones de M. de Montmorency. Hizo presente que desde abril de 1820 había indicado las consecuencias del triunfo de la revolución en España; que cuanto mas solicitud había manifestado en unirse á los aliados para dar á esa nación pruebas de su benévolo afecto, tanto mas debía reprobar un atentado que presagiaba á la península las inevitables desgracias, consecuencia de franquicias arrancadas violentamente á la autoridad legítima.

«En lo interior, prosigue la nota, se ve la anarquía convertida en hecho; el poder dado en recompensa de los insultos hechos al trono y á la religión; el desorden entregando á la acción de una calamidad destructora poblaciones enteras; la pérdida de las ricas posesiones del Nuevo Mundo casi consumada; la fortuna pública disipada; las doctrinas mas perniciosas públicamente predicadas; algunos súbditos fieles armándose en defensa de su soberano, y este obligado á proscribirlos.

»En lo exterior, el triste espectáculo que se presenta en los países que los factores de las turbulencias de Europa han destinado á ser presa de las revoluciones; Sicilia en conflagración durante el año último y las potencias aliadas viéndose obligadas á colocar el poder legítimo bajo el amparo de sus armas; el Piamonte sublevado, intentando propagar la revolución al Norte de Italia, y necesitando la misma intervención y la misma asistencia. Tal es el cuadro de la presente situación política.

»Seguramente no es posible que semejante estado de cosas no aflija y alarme á todas las potencias europeas, pues nada pueden prometerse, particularmente la Francia, mas que peligros semejantes á los que la revolución de Nápoles y de Turin hicieron temer en Austria. La Rusia está intimamente convencida de que todos los intereses deben concentrarse en que se sofoque cuanto antes el incendio revolucionario en España.»

Después de este preámbulo, Rusia contestó con un *si* formal á todas las cuestiones de M. de Montmorency: dijo hallarse dispuesta á retirar su embajador y á dar á la Francia todo el apoyo moral y material que pudiese necesitar sin restricción ni condicion de ninguna especie. La franqueza de esta nota dispuso todo temor exterior relativamente á la guerra de España, no dejándole mas que los peligros interiores que la Francia tenía que correr. Los temores que esta nación tenía de la malevolencia de Inglaterra, quedaron súbitamente justificados por la nota del duque de Wellington, que rehusó firmar los precesos verbales del 20 de octubre y 17 de noviembre, y dió á conocer las razones en que fundaba esta negativa.